

TEXTOS CRIATIVOS



El secreto

André Luiz de Faria¹

Universidade Federal de Santa Catarina

A los diez años una fiebre alta se llevó a mi hermana mayor, la única que la vida me había dejado. Rosa era la última cosa que yo tenía en mi miserable vida. Desde que mis padres y mi hermano menor murieron en un incendio que en segundos transformó en cenizas la pequeña choza de madera que ellos dormían, yo nunca más fui el mismo chico terco y estudioso que fuera en el pasado. La muerte de casi toda mi familia marcó mi vida para siempre. Los cuerpos fueron encontrados unos abrazado a los otros. Por días no se hablaba de otra cosa en el poblado y alrededores. Algunos dijeron que el fuego empezó cuando mi padre y mi madre ya no estaban más conscientes por cuenta de los tragos que todavía habían bebido por todo el día (ellos eran alcohólicos). Desde niños, mi madre, mis hermanos y yo éramos golpeados todos los días por aquel hombre frío, perezoso y borracho. << A mí, siempre me pareció que José no era mi padre, pues, sentía que él nunca me daba ni una mierda de amor y tampoco cariño >>. En la noche del incendio, por mi suerte o por un milagro, mi hermana mayor y yo estábamos lejos de casa, ayudando en la fiesta de la iglesia. Desde lo que pasó con mis familiares [en esta época yo tenía seis años y mi hermana mayor diez, yo nunca más volví a la escuela. El chico perdiera el gusto por la vida. Además de eso, después de la tragedia, todos los días él tenía que despertarse a las 4:00 de la mañana, seguir rumbo a las montañas [donde tocaba el ganado] y seguía trabajando hasta que el sol besarte la boquita de la noche. A pesar de trabajar duro, lo poco que ganaba le alcanzaba apenas para no morir de hambre. Tras la muerte de su hermanita, su único pariente más cercano, o mejor, el último; la única persona que podía recorrer era un primo muy distante de su madre. Sebastián López Cañedo, el primo distante, era rico, muy poderoso, dueño de casi toda El Pasto y de todo lo que había en sus alrededores; las montañas, el agua, el cielo, el aire y, principalmente, de mi vida. Creo que, en el caso que Dios existiera, bajo él, estaría D. Sebastián. El millonario granjero vivía en un terreno del tamaño de cien campos de fútbol. Su casa tenía tres pisos y podía ser avistada desde de cualquier punto de las montañas más altas y lejanas de El Pasto. La casa tenía más de veinte piezas, siete salas [una de ellas, el comedor, tenía lugares para que cenaran

¹ Mestrando do Programa de Pós-Graduação em Estudos da Tradução (PPGET) / Departamento de Letras e Línguas Estrangeiras (DLLE). E-mail: dedefaria1@hotmail.com. Bolsista CAPES.

treinta personas] y una inmensa biblioteca, la cual yo soñaba en poder leer cualquier libro que fuera, aunque mis autores favoritos son: Cervantes, García Lorca y Carolina María de Jesús, por identificarme con ella. Yo podría vivir tranquilamente en uno de los quince baños de la casa: todos eran cinco veces más grande que mi vieja y miserable choza. La cocina, muy espaciosa, daba para un bello y enorme jardín con miles de flores, fuentes, luces y pájaros de todos los tipos. Los árboles de toda la propiedad eran exóticas y más bien tratadas que yo y otros empleados de D. Sebastián. Al lado de la cuadra de tenis, con vista para el bosque, había un campo de fútbol con césped verde y más suaves que mis manos. La piscina, inmensa, era cercada por bellos Piñeros-Mansos; árboles raros, típicas de toda costa mediterránea, y poseía una cascada. La mansión contaba con un garaje que comportaba más de cuarenta coches. Algunos de ellos, solo tenían coleccionadores: Porsche, Lamborghini, Rolls-Rolls, Kaiser Carolina, el predilecto de D. Sebastián, Mercedes, Bentley y otros tantos. Lo más curioso, es que nunca había nadie en ninguna parte de la magnífica casa, excepto decenas de empleados que la limpiaban y la organizaban durante todo el día, siete días a la semana. D. Sebastián poseía centenas de cabezas de ganado: Neolores, holandeses, Corumbás y otros tantos que vivían sueltos durante el día. Religiosamente, por la mañana ellos tenían que salir para comer el césped fresco y suave que había solo en la parte plana de la ciudad. El lujo de los animales me costó muchos años de mi vida. Laura, su hija, una moza que bordeaba los veinte, tenía una piel tan blanca como la nieve, era flaca, tenía ojos azules, era riente, bastante sensata y a ella le gustaba leer literaturas. Su esposa, de rostro redondo como una luna llena, era gorda, comía como un toro, era dura como una espingarda, de mala lengua, controlaba todo y a todos, menos la lengua. Pasaba todo su tiempo comiendo, mandando y vociferando por la inmensa casa. Parecía una bestia herida. Todavía, por una cuestión de no haber lo que hacer conmigo, después de la muerte de toda mi familia, Cañedo aceptó aquel pequeño huérfano en su casa con una condición: él tenía que trabajar todos los días y jamás sería parte de la familia o miembro de la casa. Luego, al pobre chico, una vez huérfano, aunque su rico primo le recogió, su única herencia era el oficio. Nadie en la casa le miraba a derechas y con cariño.

El primer día que Martín llegó a la residencia de los Cañedos, fue recibido por un criado y conducido a su cuarto: un pequeño espacio debajo del granero. Luego agarró un trocito de pan, una botella de agua y marchó hacia las montañas a tocar el ganado, aún con la comida en la boca. Era un día frío, gris, y el pobre chico vestía solo un pantalón de tejido muy suave, una remera de algodón y calzaba unas chanclas viejas y más pequeñas que sus grandes y cansados pies. Su almuerzo fueron frutas que encontraba por el camino,

agua y nada más. Después de un día muy duro de trabajo, la primera noche que pasé en casa de D. Sebastián, mi cama fue un cartón que encontré perdido en el frío, sucio y viejo granero. Mí cobija, la saqué de un montón de periódicos viejos que estaban cerca de la puerta. Por mi mala suerte, uno de esos periódicos traía como título principal: “INCENDIO MATA PADRE, MADRE Y HIJO”. Mi corazón se rompió, tuve ganas de morirme. Para cenar me dieron un poco de arroz con vegetales y un vaso de vino malo. Recuerdo que recién terminaba de engullir la comida y me dormí. Soñé que después de un día de muchos estudios y de firmar varios papeles en mi oficina, me duché y me acosté con Laura en una cama suave como sus pelos y blanquita como su piel. Hicimos el amor toda la noche en la mayor y más elegante habitación de la casa. Al amanecer, mientras su patrón se metía las botas en los pies, vestía su blanca camisa de fino tejido por dentro de su pantalón negro, antes mismo del sol apuntar por detrás de las montañas, Martín pudo oír un grito que venía desde fuera. El sonido, fuerte y duro, llenaba todos los miles huecos que había en las paredes de aquel viejo y fétido granero, además de asustar a las gallinas, a los murciélagos y a los miles de ratos que dormían encima de las pillas de maíz, debajo de las cajas de plátanos y por donde encontraban pedazos de maderas viejas, esparcidas por toda parte.

– ¡Martín!

El chico, desnortado, bajó rápidamente, descalzo y con los ojos aún cerrados por lagañas. Estaba poco desarrollado para sus diez años y tenía la cabeza enorme, sin ningún pelo.

– ¡Hoy te vas de El pasto a Cardozo!

Martín buscó unas botas viejas que estaban debajo de unas maderas y se las calzó. En la cocina, Alba, la cocinera, había hecho unas arepas con pimentón. Martín las engulló muy rápido, tomó un sorbo de café amargo sin azúcar y se marchó a galope.

– Tú ya sabes del oficio. Creo que ya anduviste muchas veces por las lomas de Santa Ana, con las cabras de Carlos Serrano.

– Sí, señor.

– No irás solo. Ramón el Bravo te esperará cerca del río. Partiremos juntos.

– Claro, señor.

Alba me metió unos bocadillos de queso con maíz en el zurrón, una botella de aluminio con agua, sebo de vaca y cecina [una especie de carne seca y sin sal].

– Marchando, dijo D. Sebastián López Cañedo, usando un tono de voz muy fuerte.

Yo, asustado, le miré por un segundo y luego me bajé la cabeza. El pequeño tenía los ojos negros redondos y brillantes más abiertos que los de una lechuza a las doce de la noche.

– ¿Qué miras? ¡Ándate!

Martín colgó el zurrón al hombro y salió. Antes, recogió la cachava larga y desgastada por el uso, que guardaba, como un trofeo, atado en la pared.

Cuando iba ya subiendo en la loma del caballo, vio a D. Fernando, su maestro. Por la noche, en la taberna, D. Fernando se juntó con D. Sebastián para fumar charutos, hablar un rato, tomar algunas botellas de vino y algunas tazas de ron.

– Hoy por la mañana he visto a Martín. – El pobre chico parecía triste y sin rumbo. Dijo D. Fernando.

– Sí...

Dijo D. Sebastián, limpiándose los dientes con la punta de un cuchillo.

– Ahora va a trabajar de pastor – Sabes: hay que ganarse el pan. La vida es difícil y para él no está tan mala.

El ajeno maestro no le dejó ni una tapia al pericote patrón en apoyo al pobre huérfano.

– Lo peor...

Dijo D. Fernando, rascándose la cabeza y con cara de preocupación.

– Es que el joven es bastante inteligente. Si tuviera medios, podría ganar mucho con él. Siempre fue muy astuto, dedicado, muy dedicado en sus tareas de la escuela, pero después que perdió a toda su familia, por último, la tan querida Rosa, el chico se entregó a la nada. Se disgustó de la vida y de sí mismo.

D. Sebastián hizo cara de desinteresado y le dijo:

– ¡Bueno! Yo no digo que el chico no sea valioso, pero ahora hay que ganarse el pan. Cada día que pasa, la vida está cada vez peor.

El maestro, sin saber lo que decir para convencer a su amigo sobre las cualidades del chico, dijo que sí, afirmando con la cabeza y siguió:

– ¿Pido otra botella de vino y unas costillas de cerdo con papas chorreadas?

Martín llegó a El Pasto, y hablando con un tono de voz más alto se juntó con Ramón el Bravo. El hombre era completamente retrasado y durante toda su vida, desde los once años, pastoreaba para D. Sebastián. Ya tenía casi sesenta años y nunca había salido de El Pasto y sus límites. Los dos, aprovechando las copas de algunos árboles, durmieron en la misma y única carpa que habían llevado. En la minúscula casa cabían solamente sentados, estirados o inmóviles como dos cadáveres. Sin embargo, aunque fuera verano, las noches estaban bastante frescas y agradables. El verano se fue y luego vino el otoño y el invierno. En estos periodos, los pastores nunca bajaban de las montañas hasta el pueblo, excepto en los días de fiesta para homenajear la protectora del pueblo: “La Virgen

de Cristo.” A cada siete días un joven pastor, a mando de otro pastor mayor, subía a las montañas para llevarnos: pan, maíz, mate, cecina, sebo, ajos y por veces una u otra bota de vino para alejar la soledad causada por el aislamiento. Las cumbres de El pasto eran tan verdes e inmensas que no se podía saber dónde empezaban y por donde terminaban. El cielo en aquella altitud era tan azul que dolían los ojos. El sol, alto y brillante durante el día, por la tarde se ponía redondo y rosado como una gran pupila en llamas. Por las noches, casi era posible tocar las estrellas con los dedos. En los amaneceres, imantados por la neblina, cuando los miles de pájaros dormían y aún se oía el zumbido de los grillos y las montañas continuaban a dormir, yo despertaba, con la cara en la techumbre de la carpa. Me quedé paralizado por un rato, sintiendo el mal olor que venía del cuerpo de Ramón el Bravo; el pobre olía a carcasa podrida de gado que sirven de alimentos para los buitres. Luego, arrastrándome como una culebra, ganaba alas, y, libre otra vez, me ponía a mirar aquel gigante cerradero. En el firmamento, teñido con el azul más lindo que mis ojos ya habían visto y pintado con estrellas dormilonas brillantes y otras amarillas y despiertas, el cambio de buenos días entre ellas se confundía con el despertar de todas las vidas existentes en aquella inmensidad de verde vida protegida por un enorme abrazo de las montañas más delgadas que ya conocí. Tal cual las estrellas que se escondían tras la luz del día, caso hubiéramos gritado en aquella altitud, supiera Dios [caso él existiera] dónde las estrellitas, y nuestro grito, y las piedras, y la alegría, y la libertad y los años: un año, dos, cinco, veinte o una vida entera sin tanto trabajo y sufrimiento caerían, nacerían y volverían a renacer otra vez. Los años pasaron y Martín ya no era más aquel joven flaco, sin pelo y de cabeza grande. Un día al mirarse en el espejo encontró a un hombre de barba y bigote, brazos peludos, alto y sano. Entonces, percibió que el tiempo se había pasado y él estaba crecido y fuerte como las raíces de un árbol. Laura se había casado y tenía cuatro hijos pequeños. Como de costumbre, todos los domingos la heredera de D. Sebastián llevaba a sus hijos para jugar con otros niños en la plaza [como su esposo estaba siempre viajando a negocios] Martín siempre estaba cerca para ayudarlo con algo, si era necesario. Además, los niños estaban muy encariñados al muchacho. Cierta vez, un chico todo sucio y mal vestido se acercó a él y le pidió una moneda para comprar una hogaza. En segundos sus pensamientos salieron del presente, volvieron al pasado y por unos instantes el pequeño necesitado hizo a Martín recordar los incontables días y las numerosas noches que caminó por las calles del poblado pidiendo cualquier migaja para matar su hambre para después acostarse en cualquier hueco. En ese espacio corto de tiempo entre lo que le pasó y lo que estaba pasando el pendiente Martín avistó a Juan Pablo Álvarez, un antiguo compañero de la época que aún frecuentaba la escuela. Los dos

eran inseparables. Juan vestía un traje de fino tejido gris y llevaba corbata azul de seda. Pasó muy cerquita a Martín y le saludó a él y a Laura con una de las manos.

Laura comentó:

– ¡Esto se dio bien en la vida! Para tener una buena carrera, su padre le mandó estudiar en una universidad europea. Ya es casi un juez.

Cerca de la iglesia volvieron a encontrarle. De pronto, Martín quiso llamarle. Pero se le quedó el grito atado a la garganta.

– ¡Eh! – fue todo lo que dijo.

Juan volvió a mirar y rápidamente le reconoció. Parecía fantasía: le reconoció. Luego le apareció una larga sonrisa en la cara.

– ¡Martín! ¡Hombre, Martín...! ¿Nadie podía entender lo que decía? ¡Qué acento raro tienen los hombres, qué extrañas palabras salen por los huecos de sus bocas!

Una sangre caliente llenaba las venas de Martín, mientras escuchaba los insultos de su amigo de infancia. Juan abrió una billetera de cuero, de color negra, grabado con las iniciales JP en dorado, sacó una tarjeta con la ubicación de su oficina y se la entregó a Martín. La luz del sol hizo que aquellas letrillas relucieron al otro lado de la plaza. Martín agarró la tarjeta y prontamente avanzó su mano para agradecerle. Entonces pudo percibir cómo su mano era áspera, gruesa y mal tratada. Dura como una roca. Sus dedos, sufridos por tanto trabajo pesado, casi no doblaban y en poco tiempo no serviría para nada. Al contrario del pobre huérfano, que rara mano tenía Juan Pablo: fina como seda, sus dedos más parecían a los de una doncella que jamás tocó en algo que no en libros, en las pétalos de las rozas en el jardín o en los pelos suaves de los Mastín españoles. Que mano suave, delicada, blanca como cera. Las uñas eran perfectas; limpias y brillaban como el sol. Mano igual que aquella, ni las princesas la tenían igual. Martín, sin saber dónde esconder su torpe mano, cogió la tarjeta con sus extraños, flacos, amazacotados dedos y la metió en el bolsillo de su pantalón vieja y harapienta. En este momento, la sangre que hervía en sus venas, subió a la cabeza y se transformó en una rabia incontrolable que se podía notar entre sus cejas. Parecía que Martín tenía toda la sangre de su fuerte cuerpo todo en la cara: fermentada como un pastel. Él se despidió de Juan y se dio media vuelta. Mal podía prever lo que le sucedería luego después. Si hubiera sabido, jamás desearía haber encontrado a su rico y elegante colega de escuela. Sin embargo, frente a todo que la vida y D. Sebastián lo hubiera hecho; ni siquiera podría haber predicho, ni tampoco cambiado lo que sucedería en los minutos siguientes. Ni mismo la presencia inocente de los hijos de Laura, que gritaban uno a uno, sin parar:

¡Martín! ¡Martín!

Parecía que los pequeños predecían la tragedia que se pasaría en aquel lindo domingo de septiembre de 1952. D. Sebastián acabara de llegar a la plaza. Dentro del Kaiser Carolina, último modelo, se encontraban: Dolores, su esposa, y el maestro D. Fernando. D. Sebastián bajó del coche y en mangas de camisa, puso a mirar el cielo, mientras hablaba, viendo a su nieto mayor jugar. Relajado, seguía con un cigarrillo en una de las manos y una botella de champagne al alcance. De repente, Martín dispara en dirección a D. Sebastián, mira a sus ojos fríos y grises y oye a su voz fuerte y dura, dándole órdenes por la última vez:

– ¡Zagal, vete! Vuelve a las montañas, aquí no es tu lugar, ya es hora de volver a luchar por su pan. Yo no te rescaté de las calles para mantenerte, la vida es muy difícil... Continuó D. Sebastián, en tono bastante irónico.

Martín, ya con los nervios de punta, agarró la botella de vino, la partió en dos y furiosamente golpeó el cuello de D. Sebastián. La sangre del pobre hombre brotó con tanta fuerza que Martín, Dolores y D. Fernando tuvieron sus ropas todas teñidas de rojo. Caído en la calle con los ojos muy abiertos, quietos y casi sin respirar, D. Sebastián susurró sus últimas palabras:

– ¡Muchacho, cometiste el mayor de los pecados, pues, un hijo jamás debe matar a su padre!

Con los ojos abiertos y pálido como cera el hombre dio el último suspiro y se murió. Martín, de un hombre hecho, pasó a llorar como un niño. Sin creer en lo que había acabado de hacer con su propio padre, cayó de rodilla al lado del cuerpo y repetidas veces decía:

– ¡Papá, perdóname! ¡Papá, por favor, no se vaya! ¿Papá, por qué me abandonó?

El trágico asesinato cometido por el hijo bastardo a su indiferente padre marcó aquel día, a la plaza y a la vida de todos que presenciaron su sufrimiento ante la tragedia. Mientras la policía arrestaba a Martín, que lloraba sin parar, parte de la gente, muy furiosa, le querían pegar con palos y piedras. Mujeres iban detrás de él con mantos negros alzados sobre las cabezas; algunas en señal de luto e indignación y otras demostraban pena de un buen hijo que acabara de matar a su padre por cuenta del abandono.

Descalzo, de cabeza baja, marcado en el cuerpo y en el alma con la sangre de mi padre, seguí de la plaza hasta la comisaría cercado por la furiosa multitud y por un montón de policías rabiosos. Con mis gruesas y descuidadas manos esposadas y mi corazón lleno de remordimientos para siempre, lo único que podía hacer en aquel momento era llorar. Hoy, cincuenta años después, libre de la cárcel física, pero cautivo de mi culpa; aún sueño con aquellas mujeres diciendo:

– ¡Dios mío! Matar a un hombre que le había recogido.
– ¡Dios mío! Por qué un hombre tan rico no educó a su hijo como hizo con Laura.
– ¡Dios mío! Asesinar fríamente al hombre que le dio casa, trabajo y le trajo muchas bendiciones.

– ¡Dios mío! Martín siempre fue una buena persona. ¡Qué injusticia!
– Dios mío! Si no fuera por manos del bondoso D. Sebastián, el muchacho se habría muerto de hambre, de frío o acabaría perdido en la vida.

Hasta el día de su muerte física el hijo bastardo se preguntaba:

¿Por qué un niño estudioso que pasó de un joven que dormía en las calles a un ejemplar trabajador, se transformó en un hombre que nunca fue amado y tampoco amó?
¿Será que soy el único culpable o fue el secreto que en un asesino me transformó?

FIN